



LA PUBILLA.—No se canse y trabaje que ahora es jóven
y para trabajar ahora es la hora.
¡Duro con esa valla maldecida
y duro de una vez con la reforma!

LA ABJURACION

FANTASÍAS

Al salir suena un largo vocerío. Una racha de aire preñada de ¡vivas! cruza la plaza. Sobre el mar de la multitud, salpicado de pañuelos trémulos, va y viene la gran sugestión del color y del poder. La princesita sonríe agradecida é inclina la cabeza con ese gesto leve —y por leve tan significativo— con que se inclinan las testas coronadas temerosas de perder á la menor familiaridad la corona. Entre la multitud apretujada va el coche regio con trabajos y lentitudes mil, como nave en mar de través. Comienza la primavera. Está el aire lleno de sol, de este buen sol del Mediterráneo en el que ha soñado la princesita allá en sus pinares del Norte. El pueblo grita y gesticula con el mismo entusiasmo, con los mismos ademanes y hasta con el mismo corazón con que otras veces se levanta airado, frente á los abusos del Poder y la tiranía de las riquezas. Dos días, solo dos días faltan para la boda; dos días para que la princesita suba, trocada en reina, al trono de una nación que los políticos de su país miran ya como feudo suyo. Y, sin embargo, la princesita no está alegre.

Este pueblo que la aclama por haber abjurado, á cambio de una corona, de sus creencias de niña, inspírale, á pesar de sus vítores, un desprecio profundo. Siente hacia él una aversión que se le antoja ya irremediable. Más de una vez, allá en sus tierras del Norte, pensó la princesa en este momento crítico de la abjuración exigida. ¿Cómo la aceptaría el pueblo? Su patria nueva ¿le perdonaría esta renuncia tramada por arte de diplomáticos? ¿Le perdonaría por un cariño posible esta claudicación para todos evidente? ¿Admitiría como cosa indiscutible la coincidencia del cambio de su fe y su elevación al trono?

¡Imaginaciones suyas! El pueblo, lejos de recri-

minarla con un elocuente silencio, la vitorea entusiasmado.

—¡Viva la novia! grita una voz.

—¡Viva!—responden mil.

Y vuelve á estallar el vocerío y ondula otra vez el mar.

—El menos digno eres tú—dice la princesita, sonriendo ya con su sonrisa de reina á la multitud que la envuelve. Mi conducta tiene su lógica dentro de los convencionalismos humanos. Tal vez obedezco al cariño, quizá á las ambiciones de mi familia. Para eso nos educan: para engendrar reyes. Pero á tí ¿qué te disculpa? ¿Cuál es tu razón para no ver ni sentir la significación y la tristeza de este momento?

Y más adelante y aclamada siempre, la princesita reanuda su monólogo:

—¡Y dicen que eres un pueblo generoso y un pueblo sentimental!... ¿Dónde está tu generosidad, dónde tus sentimientos que no protestan contra este ataque á lo más santo del alma? ¡Y dicen que eres profundamente religioso!... Si tienes la convicción de la excelencia de tus ritos, ¿cómo no has fiado al tiempo y al cariño lo que ahora me impones, aliado á mi vanidad de mujer y á la ambición de mi casa? Si eres realmente religioso y sabes de estas cosas íntimas de Dios, ¿cómo no te indignas ante este acto, que á tí, puesto en mi lugar, te indignaría también? ¿Por qué maldices entonces la Inquisición de otros tiempos, tópicamente gastado de tus amores por la libertad de conciencia y de pensar?

Y más allá recuerda la princesita cuanto ha leído estos últimos días en los grandes periódicos de esta su nueva patria. Grandes diarios que han combatido con saña toda religión impuesta al Estado, se comueven y aplauden ahora esas simpatías que la abjuración despierta en el pueblo. Artículos, grabados, telegramas, todo destila adulación súbita y mentida. Tienen unos á la princesita como salvación posible del país, y otros como base segura de alianzas provechosas. Los más, sin embargo, la acogen satisfechos como una causa más de regocijos públicos. *Panem et circenses.*

Pero lo más significativo no es esto. La moraleja está en la conducta de ese buen pastor protestante y de ese buen pastor católico que han autorizado, en nombre de Cristo, la abjuración de la princesita, educada en tierras de Lutero. ¿Qué decir de vosotros, buenos pastores aliados del César? ¿Con qué autoridad podéis hablar á las almas descarriadas que llamas inútilmente á vuestro redil, cada día más vacío? Si todo se reduce á una fórmula, ¿cómo explicar

Las dos plazas de foros



¡A ver quién puede más!

La revolucion en Rusia

todo vuestro pasado de persecuciones sangrientas y de martirios sin nombre? ¿Cómo explicar vuestros anatemas inhumanos? ¿Qué vuestro desprecio y esa vuestra santa intransigencia contra cuantos buscan á Dios indiferentes y solos á través de todas las religiones?

Calla la princesita interiormente. Por el cielo azul, espléndido, cruza una gran nube gris. Va solitaria por los aires. Viene del Norte. Habla de parques lejanos, de amores de hogar. El sol perfila en oro la gran nube triste. A pesar de sus nostalgias, la princesa quédase absorta ante la fiesta de la luz. No cabe duda: de todo esto lo mejor es el sol.

MIGUEL SARMIENTO.

¡VALIENTE FAMILIA!

Viena.—Coméntase en esta corte el proceso de divorcio intentado por el príncipe de Schcenburg contra su esposa la princesa Alicia, hija de don Carlos de Borbon.

Esta parece decidida á cambiar de religion para volver á casarse con un teniente del Ejército austriaco, hombre sin fortuna, de quien está enamoradísima.

¡Demontre con la noticial!
 ¡¡Redemontre con la infanta!!
 ¡¡¡Recontrademontre con las hijas de Carlos Chapa!!!

Estas tres admiraciones y otras que doy por soltadas, y que no escribo por fuertes, son las únicas palabras con que acierto á comentar el transcrito telegrama.

Creo que se habrán fijado en que no pasa semana sin que las chicas del R. hagan alguna... trastada: la que no se le encapricha con un quidam, se le escapa; unas se le casan mal, las otras mal se descasan.

Yo bien sé que tales cosas son de la vida privada —¡tan privada!— y á la Prensa le está vedado tocarlas; mas yo pienso que á las niñas del ídolo de los carcas, desde el momento que un día,



ODESA.—La casa Mikelef, en la calle Vnietchei, despues del combate sostenido entre las tropas y los sublevados,

que está lejano, á Dios gracias, pueden venir á inmiscuirse en los negocios de España, no tienen para nosotros vida ni cosa vedada.

Los actos que ellas realizan pueden dañar á su causa, pues los menos preguntones podrán preguntarle á Chapa: ¿Cómo mandará en un pueblo quien en sus hijas no manda? ¿Cómo puede gobernarnos quien no gobierna en su casa?

Yo, al ver lo mal que Cupido á la tal familia trata,

me alegro de que don Jaime muera soltero y con palma, pues si se buscase esposa del temple de sus hermanas antes de un año el muchacho muje, topa, embiste y brama, y aunque esto fuera una suerte para su batida causa, que sólo trocado en toro puede derrotar un carca, fuera mengua que la Historia, andando el tiempo llamara á don Carlos rey del As y á don Jaime rey del As-ta.

LUIS JULIAN ECHEGARAY.



EL PREMIO DEL HÉROE

Marchaban en este orden:

Primero el borrico, llevando á cuestas el paupérrimo equipaje de sus dueños y sobre él una guitarra, llena de remiendos y composturas, detrás el ciego, y unas veces detrás, otras delante y otras al lado, el pequeño lazarillo retozon y alegre, persiguiendo á los pájaros que se burlaban de su torpeza y á las mariposas con las que no era más afortunado.

El día era espléndido: una de esas tardes de primavera en las que todo parece impregnado de alegría: el cielo sin nubes, la tierra sembrada de flores, el aire poblado de pájaros que mezclan sus gorjeos al susurro de los árboles y á los cadenciosos murmullos del agua y un sol que desciende dorando las cumbres de los montes y tiñendo de grana y ópalo los últimos confines del horizonte.

Un día que parece imponer la obligación de ser felices, iluminando las mayores desdichas con vislumbres de esperanzas.

El pueblo comenzaba á determinarse, el borrico apresuró el paso, obligando á sus dueños á que hicieran lo mismo.

El ciego hablaba sin dirigirse á nadie: sostenía una especie de diálogo entre el pasado y el presente, evocación de recuerdos cuando se han acabado las esperanzas.

Cuando llegaron al pueblo anoecía.

El día había sido caluroso en demasía, la noche era fresca.

El pueblo se levantaba como un nido ceñido de flores; el aire se impregnaba de aromas en la espaciosa vega, y perfumado y fresco se ofrecía á los pulmones de los habitantes de la villa, desconocida para el progreso, pero no olvidada de los gobiernos que continuamente le pedían sangre y dinero.

Los vecinos formaban grupos en las puertas de las casas; las jóvenes paseaban seguidas ó acompañadas por los mozos y parecía flotar en el ambiente el idilio de la primavera, acariciando con acentos misteriosos y dulces los oídos de la juventud.

En el tiempo una primavera sucede á otra; en el tallo donde se seca una flor, brotan otras al año siguiente; el nido destrozado por los vendavales del invierno es cuidadosamente restaurado y la tierra, rompiendo las prisiones de frío y de sombra invernales, henchida de vida, abre el ubérrimo seno y fecundada por el rayo del sol, se muestra espléndida y creadora, generosa y magnífica.

Para el alma no hay más que una primavera, solo una vez siente las palpitaciones de la vida, solo hay una sonrisa, y siempre acaba en un gemido. No sobre las puertas del Infierno, sobre las de la vida pudieran escribirse las terribles palabras del Dante:

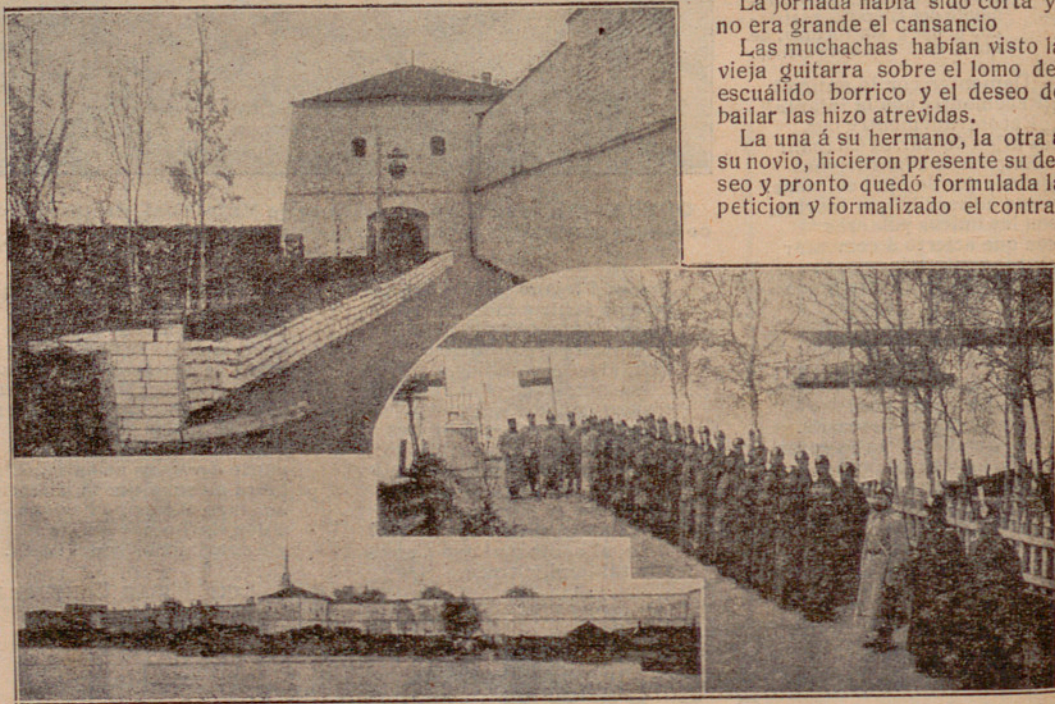
«Dejad toda esperanza los que entráis.»

El ciego y su pequeño compañero penetraron en el pueblo, acomodaron el borrico en una posada y se sentaron en la puerta, donde había otros pasajeros.

La jornada había sido corta y, no era grande el cansancio.

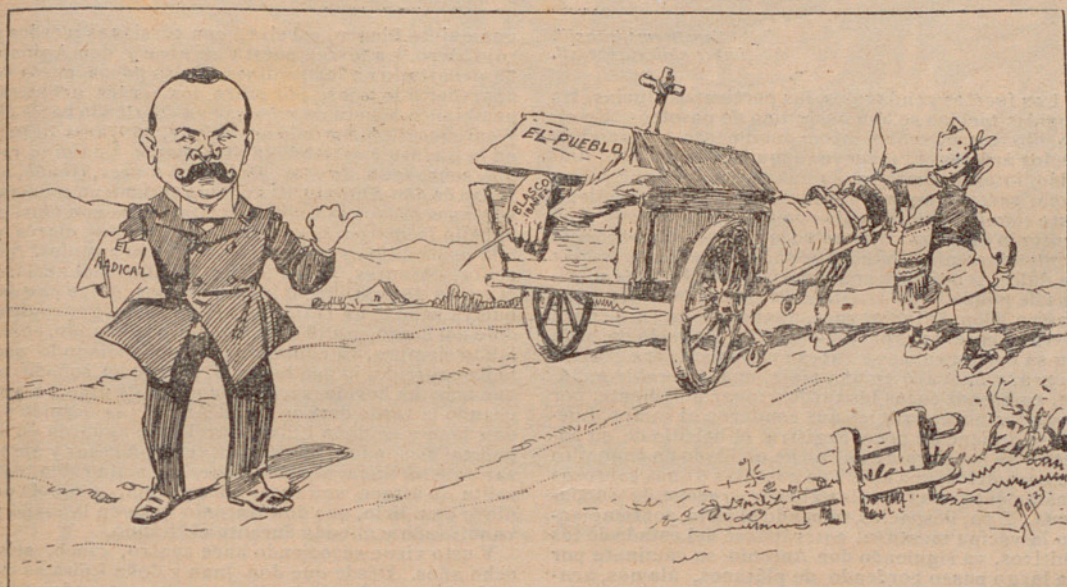
Las muchachas habían visto la vieja guitarra sobre el lomo del escuálido borrico y el deseo de bailar las hizo atrevidas.

La una á su hermano, la otra á su novio, hicieron presente su deseo y pronto quedó formulada la petición y formalizado el contra-



Schlüsselburg, la Bastilla rusa junto á Nöteborg, en las márgenes del Onega, construida durante el reinado de Pedro el Grande. Prision de los nihilistas y lugar donde fue ahorcado Schauman, matador del general gobernador de Finlandia, Bobrikof.

Fuera de combate.



—En el carro de los muertos lo vi pasar por aquí.

llevaba una mano fuera; por eso lo conocí.

to: ellos pagarían el hospedaje de ciego, lazarillo y borrico y el ciego haría música, después de la cena.

En tanto el ciego pedía noticias de personas que había conocido una vez que vino al pueblo durante la temporada de la siega, antes de que el Gobierno lo arrebatara de los brazos de su madre para llevarlo a la guerra donde perdió la vista, á donde fué joven, robusto, lleno de ilusiones, para volver miserable, inútil y desesperado.

Preguntó por su amada y le dijeron que se había casado; su madre había muerto en la miseria.

El pobre inválido devoró una lágrima y ocultó su nombre, y mientras los demás cenaban él cogió su guitarra, arrancándole esas notas dolientes, dulcísimas quejas del alma delicada y dolorida, y primero en voz baja, como quien confía un secreto, y después con voz poderosa y enérgica, como grito de dolor superior á la humana resistencia, cantó:

Perdí la luz de mis ojos
y perdí la madre mía;
se han convertido en abrojos
las flores que yo tenía.

Y aldeanos y aldeanas, impresionados por la infinita angustia que revelaba aquella voz dulce y cadenciosa, rodeaban en silencio al pobre inválido; pero la juventud solo siente momentáneamente el dolor ajeno, y el alboroto del baile, las risas que provocaban el cantar picaresco y el repicar de las castañuelas, hicieron enmudecer aquel acento que parecía un desesperado grito de agonía.

Un viejecillo alegre y vivaracho y una jovencuela que de él se fingía enamorada, provocaban con sus agudezas la hilaridad general, y estalló un aplauso formidable cuando el viejo, con voz cascada y chillona, entonó la siguiente copla, mirando soc arronamente á su enamorada de burlas:

El viejo es como la toba,
que aunque golpée el eslabon
no le jase que eche chispas
ni er gallo de la Pasion.

Y así pasó la velada.

El sueño se hizo sentir pesado é invencible y la posada quedó desierta.

II.

Aun en esos días en que la mañana ha sido alegre como un concierto de voces, luces y aromas, es triste el crepúsculo de la tarde.

El sol que desciende es la alegría que se va, el sepulcro que se abre para recibir entre sus sombras la vida que se apaga.

El monótono zumbido del insecto es triste, los árboles toman contornos de fantasmas y las flores palidecen.

A la salida del pueblo se levantan las paredes del cementerio, donde libre crece la yerba que nadie arranca y donde las emanaciones de la tumba se cuajan en flores, por entre las que jueguean las mariposas.

El soldado huella con paso vacilante el recinto solitario, cae de rodillas en un rincón, llora recordando á su madre y á su amada y cuando se levanta, arranca con un movimiento convulsivo una medalla que cuelga en el pecho de su chaquetilla de soldado y, lanzando un grito de salvaje odio, la arroja lejos.

Una maldición brota de sus labios y parece que la palabra patria se destaca en aquellos ruidos inarticulados.

Y cierra la noche.

El niño, asustado por la oscuridad, se aproxima al ciego cuanto puede, el borrico camina perezosamente y los tres se pierden entre las tinieblas.

CRISÁLIDA

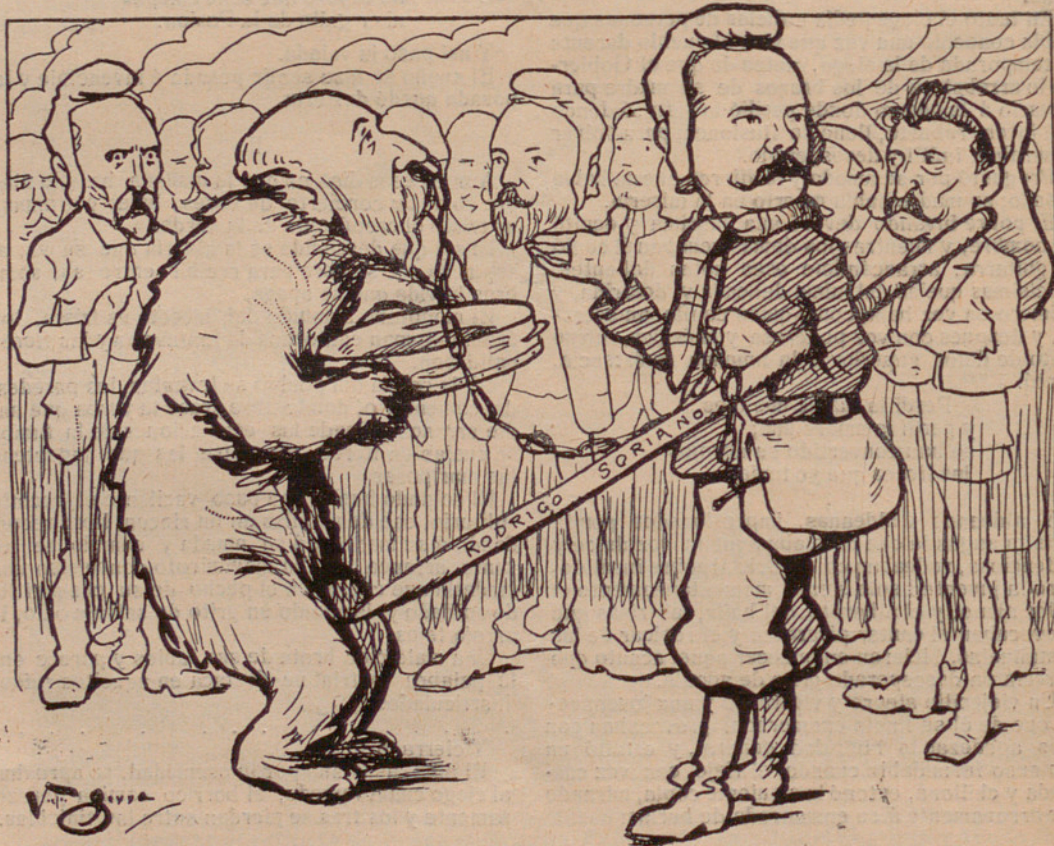
*Yam hyems transiit,
imber abiit et recessit.*

Los fuertes vendavales, las pertinaces lluvias, las tupidas nieblas se han despedido de nosotros. Un airecillo fresco, suave, mece debilmente las ramitas de los árboles. El cielo va adquiriendo un azul límpido, intenso, uniforme, y una nueva luz, una nueva vida, parecen animar todas las cosas. Cuando llega este tiempo, don Antonio comienza sus paseos. Don Antonio es un anciano un poco grueso, un poco bajo, completamente afeitado; su andar es lento; su hablar es dulce, sencillo, y una sonrisa, una de esas sonrisas de bondad, de satisfacción, ilumina siempre su rostro. Don Antonio, pues, abandona en esta época el viejo caserón; anuda un sencillo pañuelo de seda en su cuello, cubre su cabeza con una ligera gorrita negra, y apoyado en una vieja, una venerable gayata, emprende todas las tardes, invariablemente, por unas tortuosas callejas que conducen al campo. Luego se detiene un poco; registra el bolsillo de su paletó y se cerciora de que no ha olvidado un paquetito de caramelos, una cajita de pastillas ó unas sabrosas pastas que todos los días al salir, recoge de su alacena. Y ya, despacito, mirando al cielo, contemplando la vecina montaña, enterándose del estado de los cultivos, va siguiendo don Antonio su caminata por un largo paseo bordeado de plátanos, álamos, acacias, olmos, que allí fueron naciendo en pintoresco desorden. Pero he aquí que al final del paseo don Antonio se detiene ante la puerta de una verja; detrás se ven unos amplios, frondosos jardines, y en el centro de ellos aparece, medio oculta por el follaje,

una quinta blanca, esbelta, con persianas verdes y rojo alero. La férrea puerta se abre y don Antonio ha penetrado en los jardines. A los pocos pasos ve aparecer á lo lejos, por entre los verdes arbustos, una blanca silueta de niña que va corriendo hacia él, y entonces don Antonio se detiene, apoya su diestra en la gayata y extiende la otra mano. Una niña rubia, sonrosada, de ojos azules, va á caer, riendo, al brazo de don Antonio. El anciano retiene un momento en sus brazos la linda cabecita y besa con efusion aquella frente pura, aquellos ojos grandes, claros, y una pequeña lágrima de emocion baña sus ojos. Aurelita, entonces, busca en los bolsillos del anciano la cajita de pastillas, ó los caramelos, ó las pastas, que ya sabe le ha traído su amigo; y luego, cogiéndole del brazo, mitad saltando, mitad andando, charlando siempre, va contando al buen anciano lo que le ha ocurrido, lo que ha oído, lo que ha soñado, lo que más ha herido su imaginacion de niña. Y ya, cuando la tarde declina y don Antonio se despide de don Juan y de doña Luisa, Aurelita le aguarda en la puerta; y cuando el anciano ha vuelto á besar y abrazar aquella linda, aquella alegre cabecita rubia, Aurelita le ofrece una rosa, una peonía, una bola de nieve ó un lirio, que don Antonio lleva en la mano y va mirando y oliendo durante el camino.

Y esto viene sucediendo hace cuatro, cinco, seis, ocho años. Desde que don Juan y doña Luisa se establecieron en la quinta de sus padres, grandes amigos de don Antonio, éste no deja de ir, durante el buen tiempo, á pasar la tarde en la quinta con su buena, su predilecta amiguita... ¿Comprendéis ahora cuánto interés, cuánta predileccion siente don

Espectáculo nacional



—¡Siempre adelante, adelante...!



Antonio por esa quinta?... ¿Comprendeis el encanto, la atracción que siente hacia esa niña rubia, sonrosada?...

Pero he aquí que el buen anciano ha debido ausentarse de la pequeña ciudad. Y cuando, á su vuelta, ha intentado visitar á su amiguita, el cierzo helador, las largas lluvias, no le han dejado salir de la verita de su hogar. Las interminables veladas han llegado; y el anciano, mientras atizaba de vez en cuando el monton de leña y miraba chisporrotear los troncos, pensaba en la sorpresa, en la alegría de Aurelita al ver las chucherías que le traía de su viaje.

Y al fin las lluvias, el frío, el cierzo, ya se han ido. Don Antonio ha hecho un día un pequeño paquetito; ha cubierto su calva sonrosada con una ligera gorrita de seda negra, y, apoyándose en la vieja gayata, tomó de nuevo, después de un año de paréntesis, el camino de olmos, de plátanos y acacias. Don Antonio andaba más despacio; sus descansos eran más largos; su corazón, su espíritu, estaban un poco inquietos, un poco excitados, un tanto tristes. Mientras andaba iba recordando pequeños lances, pequeños episodios, alegres travesuras de la niñez de Aurelita. Aun la veía, cuando chiquitina, sentada en sus rodillas, escuchaba los sencillos cuentos que él iba inventando, y, palabra por palabra, recordaba las observaciones oportunas, rápidas, que á ellos hacía aquella cariñosa muñequita. Pero esto ¡cuán lejano estaba!; ya Aurelita había crecido mucho desde entonces... Aurelita tendría ya ¿doce, trece, catorce años? Sí, sí; el tiempo corre, pensaba don Antonio viéndose más viejo, sintiéndose más cansado. Y don Antonio se detiene de nuevo. El camino parece más largo que antes; pero ya se distingue desde allí la blanca torrecilla de la quinta, asomando su esbelta cúpula por entre unos álamos. Allí está Aurelita, sus alegres charlas, sus caricias, su niñez encantadora: Y una pequeña excitación, una pequeña alegría animan al anciano.

La puerta de hierro ha girado lentamente, rechinando sobre sus goznes. Una ráfaga de frescor que viene del jardín azota el rostro de don Antonio. Con paso firme va avanzando por enarenados caminos, y frente á un pequeño estanque se detiene como antes. Como antes, de entre unos arbustos una blanca silueta aparece, y, presurosa, solfocita, corre hacia él.

Una alegre sonrisa anima el rostro del viejo, y, como antes, extiende hacia ella su brazo. Y Aurelita al llegar, enlaza aquel brazo con el suyo y pregunta, echando á andar, por su salud, por su viaje, por el pasado invierno. Don Antonio nada dice. Don Antonio se ha detenido, y sus ojos perspicaces, humedecidos por una lágrima, se posan en Aurelita... ¿Por qué no ha dado á besar su frente?... ¿Por qué no ha buscado en el bolsillo el paquetito que trae del viaje?... Aurelita es ya más alta; su rubio cabello está ahora recogido por sencillo peinado; sus ojos azules, grandes, á ratos miran vagamente, á ratos os miran penetrantes; su rostro es pálido, un poco más ovalado; su traje, más ceñido, casi toca sus lindos pies; y una curva suave, delatora, se dibuja en su pecho. Cuando su mirada se ha encontrado con la del anciano, sus párpados se han entornado y un ligero carmin ha coloreado su rostro. Entonces don Antonio ha cogido su mano y ha preguntado, como antes, por sus padres, por sus juegos, por sus estudios, por sus sueños. Y Aurelita, andando á su lado, contestaba vagamente, pálida á ratos, á ratos arrebolada. Al otro lado del estanque don Antonio se ha sentado, y mirando, escuchando á Aurelita, una gruesa lágrima ha rodado por sus mejillas. Aurelita, sentada á su lado, ha rodeado con su brazo el cuello del anciano y, cariñosa, compadecida, pero roja como la grana, ha besado la arrugada frente. Y entonces algo alegre, algo infantil, algo hondo se ha derrumbado en el espíritu de don Antonio.

En aquellos momentos unos elegantes girinos, unos inquietos bombillos cruzaban rápidos sobre las aguas del estanque; unas hormigas ascendían por la corteza de un olmo en procesion interminable. El alef, la madre selva, la bola de nieve abrían á la vida sus capullos. El aire es diáfano y los almendros lo han saturado con el perfume de sus flores...

La tarde va declinando. Don Antonio se marcha y Aurelia, don Juan y doña Luisa le acompañan hasta el camino. Entonces, un poco triste, un poco turbado, don Antonio ha cogido un recién abierto capullo que ha regalado á Aurelia.

— Como este capullo — ha dicho — tu sér se abre á la vida; yo deseo que, como él, llegues á ser la flor lozana engalanada de púrpura y oro.

Y don Antonio regresa á su caseron más lento, más triste, más cansado.

CARLOS JORDANA.

DE ACTUALIDAD

—Perdigon, ¿tú por Madrid?
—¡Recontra, mi amigo Filfal!
—¿No estabas en Barcelona?
—Allí estaba.

—¿Y qué motiva tu viaje?

—¿Mi viaje?...

Que allí ya ni Cristo habita.

—¿Pus si aquello es un Edén!

—¿Un Edén? ¡Mía que eres lila!

Se ha puesto aquello peor

que una ciudad moscovita.

Por la mañana una bomba,

otra bomba á medio día,

mía tú cómo estará aquello

que ya hay casa de comida

que en la carta, en letras grandes,

te ponen: *Plato del día:*

Petardos en salsa verde

y *sopa de dinamita.*

—Oye, tú; y el de Bivona

¿arregló la policía?

—¿Arreglar? ¡Mía que eres tonto!

Allí hay la mar de guindillas.

—¿Y qué hace tanta gente?

—¿Que qué hacen dices? Pus, mira

se parecen á los otros,

por las planchas que se tiran.

—Bien; eso lo dirás tú.

Hombre, parece mentira

que no haga nada una gente

tan perspicaz y tan lista.

—Ya hacen algo, Pasear

calle abajo y calle arriba,

uno por cá lao de calle

más serios que cura en misa.

—¿Y por qué no protestais?

—¿Protestar? Enseguidita.

Desde que acordó el Gobierno

suspender las garantías

allí no chista ni Dios,

Al que resuella le aplican

un *ungüento celular*

y has de callar en seguida.

—Oye: ¿y del separatismo?

—No he visto separatistas

en el tiempo que he *estao* allí.

¡Ah, sí, hombre! El otro día

se separó la Indalecia

de su marido Bautista.

¡Más separatistas que esos!...

—Y de los catalanistas,

¿qué hay?

—Son inofensivos.

—¿No vociferan, no gritan?

¿No hubo manifestacion?

¿No hubo *leña* el otro día?

—Manifestacion no hubo.

—¿No?

—Gracias á las medidas

que adoptó el gobernador

quedó la cosa tranquila.

—¿Hubo palos?

—Sí.

—Pus cuenta.

—Hombre, es que las garantías

me traen loco, y si hablo...

—Cuéntalo así, por encima.

—En el andén mucha gente,

la gente con alegría

esperando á los señores

diputaos catalanistas.

Alrededor del andén,

en *toas* las calles vecinas,

desparramá toa la guardia

civil y la policía.

Llegaron los *diputaos*

y nadie se extralimita.

Total dieron cuatro gritos

de sincera simpatía.

Tocan atención y sacan



Art. 285 Queda prohibida en la via pública y en los solares y callejones aguas, tierras, escombros, basurdicos, papeles ú otros objetos en perjuicio de la limpieza.

el sable, y tira que tira,
garrotazo por abajo
y sablazo por arriba,
hubo la mar de contusos.

¡Ah! Pero la cosa *dizna*
de mencion fué que á un chiquillo
le causaron una herida
en la cabeza,

—¿A un muchacho?
—Sí, á una pobre criatura
de diez años ¿Y en Madrid?
¿Qué ocurre por aquí, Filfa?

—Pus, como allí, *Perdigon*,
aquí te pegan si gritas.
Si te vas de la sin hueso
te has caído. El otro día

un *melitar* de esos gordos,
que no sé si es *primo* ó *prima*,
por no sé qué papelucho
le dió una *torta* cumplida

á don Rodrigo, aquel tío que iba á hablar de Filipinas y que luego se calló.

Como el honor lo exigía, se batieron, y *laus deo*.

—Y en el Congreso ¿se atizan? ¿Qué hacen los republicanos?

—Pus esos el otro día dieron que hacer. Canalejas rompió veinte campanillas *pá* no dejarles hablar.

En total que se retiran. Salmeron coge el sombrero, le sigue la minoría y salen *tos* ménos uno.

¿Y quién es ese?—Moyica.

—El *gachó* le tiene apego al escaño.

—Es que delira porque hablen de él. ¿No vestú que si no las rotativas estarían *pardás*?

—Y luego, ¿qué acordó la minoría?

—Pus hubo mil *conceñabulos*, *tó* eran idas y venidas á casa de este y del otro, conferencias y visitas...

—Pero esos no volverán al Congreso. Ofendida su *disñidaz*, por decoro deben retirarse, *Filfa*.

¿Disñidaz? ¿Decoro? ¡Primol! Lo verás. ¡No se retiran!

JOAQUÍN ARNAL.

Andorra pintoresca

(Fotografías de don Guillermo de Plandollit)



Vista general del pueblo de Les Escaldes.

MÍSTICA PARDA

La penitencia.—Dos cosechas.—La comunión del gitano.—Sencillez de una devota. Lección de doctrina

Un campesino se fué á confesar y, muy compungido, dijo al cura:

—Acúsome, padre, que he robado cinco duros.

—Has hecho muy mal; en penitencia reza cinco padrenuestros.

Al año siguiente volvió á confesarse.

—Acúsome, padre, que he robado tres duros.

—Has hecho muy mal; reza en penitencia cinco padrenuestros.

—¿Cómo es eso, padre? ¿Se ha encarecido el género? Son dos duros ménos que el año pasado y me echa usted la misma penitencia; pues si lo sé... robo cinco.

En una ocasión iban por un camino Jesús y San Pedro y le preguntó el primero:

—¿Qué clase de fruta es la que más te gusta?

De buena gana hubiera respondido el apóstol que las uvas; pero como Jesús sabía que era aficionado al vino, tuvo miedo de decirlo, no fuera que Dios hiciese secar las parras.

—Señor, la fruta que más me gusta son los higos.

—Pues si esto es así—respondió Cristo—, para que veas que te amo, de aquí en adelante cada higuera dará dos cosechas al año.

San Pedro, chasqueado, se tiró de una oreja y murmuró:

—Si le hubiera dicho que las uvas habríais bebido dos veces al año vino nuevo. ¡Malditos sean los higos!

Un gitano llevaba una vida endiablada, siempre entre cárceles y procesos; cayó gravemente enfermo, y como es gente supersticiosa hizo voto de confesar y de comulgar si se ponía bueno.

Sanó, y, como hombre de palabra, fué á cumplir su promesa. Se confesó con muchos sollozos; el cura estaba admirado de tanta devoción y le dijo:

—Vamos, veo que estás arrepentido; puedes co-

mulgar; pero has de estar en ayunas, y ten en cuenta que Cristo no se masca, sino que se traga.

El gitano se fué á un rincón de la iglesia á rezar su penitencia. Limpia ya su alma, sintió en el estómago los arañazos del hambre, y, registrando sus bolsillos, se encontró un pedazo de pan y se lo comió.

Le vió un monaguillo y se lo dijo al cura.

Amoscado éste porque el gitano no había querido estar en ayunas, arrancó la suela de un zapato viejo, recortó un trozo en forma de hostia, y cuando llegó el momento de la comunión depositó sobre la lengua del gitano la suela recortada.

Este comenzó por apretarla contra el cielo de la boca; pero por más esfuerzos que hacía no podía tragársela. La salivó cuanto pudo; todo inútil. Asustado, comenzó con disimulo á darle mordiscos y dentelladas.

—¿Qué haces?—le dijo el cura—. Eso no se masca, se traga.

Y el gitano replicó:

—¡Qué he de tragar, pae cura, si ma dao ozté un Cristo viejo que no se puée ni roél...

Confesarse pretendía,
llena de remordimientos,
una vieja, y no sabía;
y el confesor le decía:

—Vaya por los mandamientos.

—¿Cómo? ¿Se estilan aún?

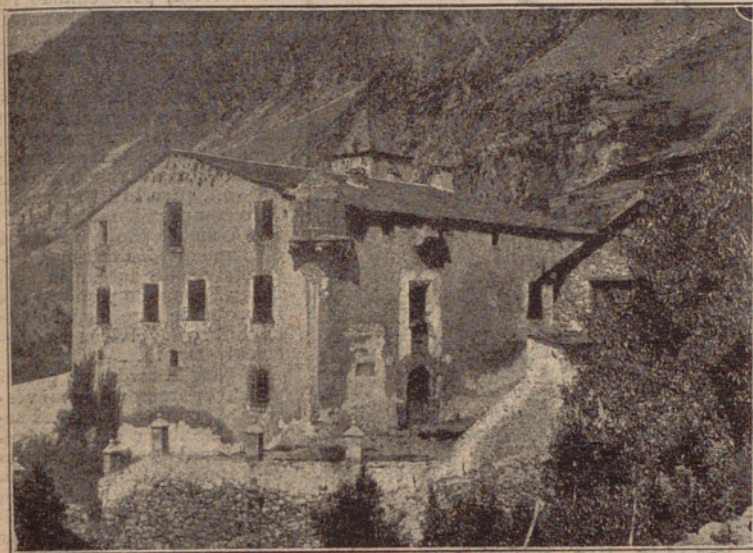
—¡Mujer, no se han de estilar!

—Yo no los quise estudiar porque corría el rum-rum que los iban á quitar...

Un cura explica la doctrina á los niños y pregunta á uno:

Andorra pintoresca

(Fotografías de don Guillermo de Plandolit)



ANDORRA LA VELLA.—Casa de la Vall, donde se reúne el Consell andorrano.



LES ESCALDES.—El puente dels Escorcons.

—¿Sabe usted cómo castigó Dios la desobediencia de Eva?

—Condenándola á parir con dolor.

—Y á la serpiente, ¿qué pena le impuso?

—Que anduviese arrastrándose sobre la tierra.

—¿Qué deduce usted de este castigo?

—Que, por lo visto, antes del pecado original las serpientes andaban tiesas y erguidas como varaes.

FRAY GERUNDIO.



BLANCA

—En aquellos días—profrío Laurenia—toda la colonia masculina de Aix-les-Bains admiraba á Blanca Rodriguez y Mendoza. Era una española rubia—cosa más frecuente de lo que podría creerse—, de un rubio terrible, desesperado, en que parecían confundirse los topacios, las pépitas de oro, el cobre, el azufre y el ámbar amarillo. En suma, su cabellera era bestial y divina, las guedejas de una leona y las ondas de Afrodita. La mujer, tenía una tez brillante é inmensos ojos variables como el Atlántico, con una de esas bocas voraces y magníficas que reanimarían á un pobre Chevreul centenario. Pasaba por muy virtuosa, y nada igualaba su audacia en excitar á sus adoradores, la sonrisa con que acogía las palabras de amor y la ardiente provocación de su persona. Pero todo era inútil. Declase que estaba enamorada de su marido, tan moreno como ella era rubia, esbelto, con ojos de conquistador y hosco semblante de boca firme y amenazadora.

Don Fernando Rodriguez y Mendoza tenía fama de hábil tirador de espada y pistola. Había despanzurado á dos ó tres individuos cuya pasión por su esposa se manifestara con indiscreción sobrada, y se hallaba visiblemente resuelto á destruir á todos los que le molestasen.

Era un taciturno caballero. Solía pasearse solo por los salones y los jardines del Casino y de la quinta de las Flores fumando un incalculable número de cigarrillos y tabacos, majestuoso como un abencerraje, melancólico como Felipe II y altivo como Hernán Cortés. Viéndole pasear se adivinaba su agilidad de leopardo y por el examen de su prominente barba rasurada se colegía su terquedad y audacia. Como otros muchos jóvenes, yo no pensaba más que en la

resplandeciente Blanca. A los veinte y tres años, á menos de ser novelista psicólogo ó poeta decadente, toma uno en serio la vida y las sonrisas de una linda joven. Admitido por una presentación en regla en la sociedad de aquella señora, mi admiración se convirtió en amor y mi amor en delirio. Primeramente don Fernando, como dueño y señor de tan rico tesoro, me había inspirado casi veneración. Y luego sus ojos desdeñosos y su irónica sonrisa me disgustaron, y como yo era impetuoso, mi disgusto se trocó en animosidad. Conocí que este era el mejor medio para que me arrojasen de la presencia de

La catástrofe de Courrières.



V. Gervás

¡A buena hora, mangas verdes!

la española; pero prevalecía este sentimiento de rencor; todo mi sér se sublevaba ante aquel heráldico personaje.

Alah es Alah, y lo que debía suceder sucedió. Una noche, frente al tapete verde, don Fernando y yo tuvimos un ligero altercado. Mi lengua anduvo demasiado suelta y la del caballero pecó de despreciativa. Se cruzaron entre nosotros palabras gruesas, rudas como bofetadas. A la mañana siguiente recibí los testigos de mi hombre y le envié los míos. Y, en la ladera del Revard, tuve el honor de batirme con el invencible duelista. Yo no era un maestro de armas, y, sin embargo, deslicé vivamente mi espada por entre dos costillas del noble español, rozándole el corazón y atravesándole el pulmón derecho, lo

cual le puso en peligro de muerte.

Al principio me alegré de la victoria; pero cuando recobré mi sangre fría entreví las consecuencias de mi acción y me dí á todos los diablos.

Todo había terminado entre la señora Blanca y mi humilde persona. Jamás podría volver á su presencia ni me sería dable oírle de nuevo... ¡Era lo irreparable! Y lo comprendí mejor cuando, á medio día, vinieron á decirme que los médicos desconfiaban de salvar la vida á don Fernando y que no era improbable que aquel noble caballero devolviese sus huesos al planeta...

Al caer la tarde me puse á pensar tristemente en mi ventana. Era una de aquellas noches de Saboya que yo admiro al igual que las más bellas de Nápoles. Allá lejos el agua del Bourget resplandecía en la oscuridad, la ciudad brillaba como un palacio de amor y de ensueño...

¡Ah! suspiré. ¿Qué has hecho, imbécil?

Mi ayuda de cámara vino á decirme:

—Una señora desea hablar con el señorito...

—Una señora — repetí en tono indiferente —. ¿Quién será? Hazla entrar.

A la tenue luz de una lámpara ví avanzar á una mujer envuelta en un manto y con el rostro cubierto por un velo.

Retiróse el criado y la desconocida se acercó á mí vivamente, levantó su velo y asombrado reconocí á doña Blanca. Me cogió la mano y me miró con expresión de gratitud infinita, diciéndome:

—Le agradezco lo que ha hecho. ¡Que padezca él ahora!

Y, sin añadir palabra, se quitó el manto, lanzóse á mis brazos é hizo de mi vida un prodigio de felicidad sin límites.

Mi dicha duró seis semanas, es decir, todo el tiempo que don Fernando permaneció entre la vida y la muerte. Y no vayan ustedes á creer que Blanca demostró falta de corazón ó de pudor; solo que su marido le hacía pasar una vida atroz, una vida de horror y de suplicio. Hacía mucho tiempo que tenía el propósito de abandonarle, pero no se atrevía por temor á su venganza.

Mientras Rodriguez no pudo abandonar la cama, la esposa me probó su reconocimiento y creo que su amor. Infinitamente ingeniosa y sutil, ayudada por una doncella fiel, ni siquiera infundió sospechas. Pero desde que su cruel amo pudo abandonar el lecho, la hermosa se amilanó. Conocía la singular perspicacia del marido y su olfato de lobo. Y no se atrevió á verme de nuevo.

J.-H. ROSNY.



—¿No se vá el gobernador?
 —No, señor.
 —¿Estarán las camareras...?
 —¡Como fieras!
 —¿Y estarán los taberneros...?
 —¡No lo quiera usted saber!
 ¡Ya no saben lo que hacer con esos mandatos fieros! Pero los que están más hartos son los de las maquinitas, las maquinitas malditas que se llevaban los cuartos.
 —¡Ah! Pues eso está muy bien. Mas una advertencia atienda... ¿Y la máquina de Hacienda, que se los lleva tambien?

Guillermo Lopez es defensor de la cremacion de cadáveres, Pues si consigue que su teoría triunfe, cualquiera va á parar en Barcelona cuando á él lo tuesten.
 ¡Quina pudo!

Eso de la cremacion trae á los curas, con razon, molestos y pensativos, y es porque, á la conclusion, prefieren quemarnos vivos.

Retirados del Congreso: Los republicanos, los integristas, los carlistas, los regionalistas, los periodistas...
 ¡Que se retiren todos! No me admira, porque, en cambio, Moret no se retira; mas todos aseguran, sin embargo, que, á fuerza de cargar, soltará el cargo.

Aun no nos habíamos enterado de que se habia planteado la crisis, cuando supimos que ya estaba resuelta.

Y Moret, Romanones y los discretos N. N. que les acompañan en la interpretacion de la obra que se está representando siguen desempeñando sus papeles.

¡Ah! Y no tomen ustedes á broma eso de la obra que se está representando.

Es una obra conocida de todos: *A casarse tocan*.

Ahora lo que falta saber es á quiénes les tocará hacer *E chiquillo*.

Hay ahora varios cafés en que ven los parroquianos vistas cinematográficas sin que les cueste ni un cuarto; gratis tambien en la Rambla continúan funcionando cuatro ó cinco ó seis dioramas que son del pueblo un encanto; los septiminos de ciegos, los chicos de los pianos y otros con acordeones ú ocarinas ó guitarras tocan gratis, si alguien no quiere ayudarles en algo.

Si esto sigue, aquí el vivir no va á costar un ochavo.

Pero ¿á qué, á pesar de eso no aparece ningun guapo

que se encargue de pagar lo que nos cobra el Estado de cargas, contribuciones y otros impuestos análogos?
 ¡A ver si nos sale alguno entre esos aficionados!
 ¡Venga pronto esa combiná!
 ¡A ver quién hace el milagro!

SECCION COMERCIAL.

De comercio nada sé; mas esta seccion lei y, la verdad, me extrañé, pues mucho que en ella vi es falso, aunque impreso esté. Digo, me parece á mí.

Algodones: Los precios encalmados. Pero ¿es posible? ¿Así los algodones? ¡Si hay una infinidad de desgraciados que padecen, de fijo, inflamaciones!...

Cera: Venta moderada. Es ya demasiado tarde. ¿Cómo ha de venderse nada? ¡No hay más cera que la que arde!

Ajo: Muy flojo. De fijo se equivocaron. El ajo no es posible que esté flojo. ¡Pues si tiene Vega Armijo siempre en la boca un... manajo y los produce á destajo!

Palatas: Existencias. ¡Ya lo creo! Dénse una noche de estas por la Rambla, si quieren, un paseo.

Cebada... Como es pesada la broma á los concejales, de esto no he de decir nada. Dejo en paz á la cebada y á todos los animales.

A algunas afirmaciones no puedo hacer objeciones. Si peean es de sinceros,

Don Jaime, fumador



—¡Buen cigarrol

pues afirman ¡caballeros!
¡¡que se hacen operaciones
en cueros!!

Luego afirman también que hay existencias
de semilla de nabo.

De comprender no acabo
estas impertinencias.

¡Señores, por favor, que estas lecturas
suelen caer en manos de criaturas!

El alcalde, entusiasmado,
al interino Giner
dicen ha telefoneado.
pues creo que se ha asombrado,
de lo que ha llegado á hacer.
¡Que se asombra? ¡Claro está!
Hoy estará sorprendido,
pues no lo comprenderá
él, que en su vida ha sabido
hacer nada aquí ni allá.

Blasco Ibañez ha fundado su renuncia del cargo de
diputado por Valencia "en la concomitancia con el
señor Soriano."

¿Qué significará esto y qué tendrá que ver con
La novela ilustrada?...

El gobernador de León ha mandado que se exhu-
me el cadáver de don Benito Unavó Suárez y se le
entierre católicamente.

Pero ¡qué afán de ejercer de enterradores tienen
estos liberales!

Grandmontagne ha dicho que los españoles tene-
mos una debilidad especial de la retina que nos im-
pide leer más de una hora seguida.

Nosotros creemos que esa debilidad la debemos
tener en la inteligencia.

Solo así se explica que Grandmontagne sea leído
en España.

En la Casa del Pueblo han celebrado
un baile, y resultó muy animado.
Su arte y agilidad en los lancers
lucieron Costa, Ardid, Marsá y Roca,
que los bailaron á pedir de boca,
formando, dos á dos, de compañeros.
¡Qué diablo! No está mal la diversion
mientras preparan la revolucion.

QUEBRADEROS DE CABEZA

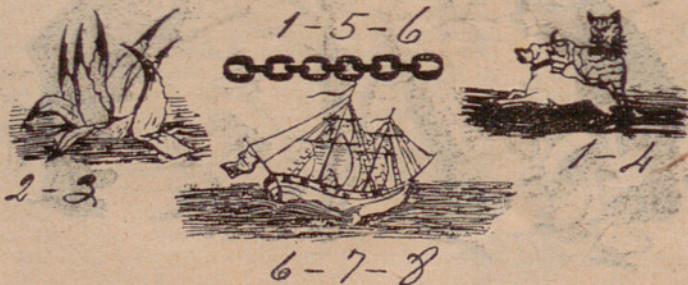
Rompe-cabezas con premio de libros



Este labriego, que está dando maíz á sus gallinas, desearía saber el
número de granos que les ha echado. Los granos están indicados en
el dibujo por medio de puntos negros. Ayúdenle ustedes á realizar ese
difícil recuento, y, si lo hacen con exactitud, tendrán opción á los li-
bros ofrecidos como premio.

CHARADA EN ACCION

(De Luisa Guarro Mas)



CHARADAS

(De M. Florensa)

Es muy dócil y monina
la dos cuarta de mi casa,
da gusto verla jugar
con mi hermana prima cuarta,
mi otra hermana tercia cuatro
dice que el tal juego cansa
y, en cambio, mi prima todo
dice siempre que le agrada.

(De Miguel Ferrer Dalmau)

Mi primera poco abunda,
consonante es mi segunda,
quisiera tres cuarta ser,
todo es nombre de varon
y, no hay más, la solucion
es muy fácil, á mi ver.

PROBLEMAS

(De Francisco Masjuan Prats)

En la construcción de una
carretera se invirtieron 17,280
duros para pagar los jornales
á los obreros, quienes eran
tantos como el quintuplo del
número de reales de jornal que
gana cada uno. Juntos trabaja-
ron un número de días equi-
valente al de los reales á que
asciende el precio total de los
jornales diarios menos 240.

¿Cuántos obreros trabajaron
en la carretera, durante cuán-
tos días y qué jornal diario
cobraron?

(De Francisco Pineda)

Luis posee un capital tal que
si multiplicamos su cuádruplo
por el triple del capital que
tiene su hijo se obtendrá un
resultado igual á 10.880,100 pe-
setas, y si se añade el capital
del hijo al del padre nos ha de
dar un resultado igual á 2,252
pesetas. Dígame qué capitales
poseen el padre y el hijo, sa-
biendo que el del primero es
menor que el del segundo.

JEROGLÍFICO



ADIVINANZA

(De Tirso Baldrich Arañó)

Soy redonda como el mundo,
verde como el alcacer,
colorada como grana
y negra como la pez.

COMBINACION

(De Santiago Valls Pallejá)

Único, moscas, capa, tal

Combinense las letras de estas palabras de manera que expresen el lugar donde se libró una memorable batalla.

FRASE HECHA



INTERCALACION CHARADÍSTICA

(De Guillermo C. Miquelet)

Entre una letra del alfabeto griego colóquese un pedazo pequeño y resultará una planta hortense.

SOLUCIONES

(Correspondientes a los quebraderos de cabeza del 10 de Marzo.)

AL PRIMER PROBLEMA

La anchura del río era de 32'313 metros.

AL PROBLEMA SEGUNDO

La altura de la palmera era de 44'956 metros.

AL JEROGLÍFICO

Calzado barato malo será,

A LA SINÓNIMA

Tomo-tomo.

A LA CHARADA EN ACCION

Ahorcadas

A LAS CHARADAS

Temido

Mariano

AL JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

Desciende

Han remitido soluciones:

Al primer problema: F. Villaamil, P. Torres y Tomás Sils.

Al problema segundo: Santiago Valls, José Grogúes, Antonio Raurich, Tomás Sils, F. Villaamil, P. Torres, Joaquín Aldavert y Ginés Solá.

A la sinonimia: María Sistachs, Carmen Bielsa, Josefa Altarribas, Francisco Masjuan Prats, Manuel Anton, Antonio Agulló, Pepito Mengibar, Arturo Martín, José Grogúes, P. Torres, Amadeo Silió, J. de P., Antonio Mallofré y Ramon Ricoy.

A la charada en accion: Carmen Bielsa, Josefa Altarribas, María Sistachs, José Fernandez, Joaquín Aldavert, Ramon Ricoy, Antonio Mallofré, Amadeo Silió, Pedro Rius, Rosendo Reig, A. Baxarias y Manuel Peix.

A la charada primera: Josefa Altarribas, María Sistachs, Carmen Bielsa, Rosendo Reig, Pedro Rius, J. Ivo, Antonio Agulló, «Gegant», Arturo Martín, Santiago Valls, José Fernandez y A. Baxarias.

A la segunda charada: Antonia Miró, Josefa Altarribas, María Sistachs, Pedro Pinós, Ramon Riudoms, Francisco Masjuan Prats, Manuel Peix, Antonio Agulló, «Gegant», Francisco Pineda Roca, Pepito Mengibar, Arturo Martín, Santiago Valls, José Grogúes, José Fernandez, A. Baxarias, Ramon Ricoy, Pedro Rius y Valentin Sistachs.

Al jerooglífico comprimido: Antonia Miró, A. Baxarias, Pedro Rius, Valentin Sistachs, Francisco Masjuan Prats, Rosendo Reig, «Gegant», Arturo Martín, José Fernandez, Manuel Santaló, Ramon Ricoy, Juan Arias, Antonio Mallofré y Amadeo Silió.

ANUNCIOS

LICOR DEL POLO

Con el uso diario de tan excelente dentífrico jamás se sufren dolores de muelas, caries dentarias y en general ninguna enfermedad de la boca. Por esto los que practiquen la Higiene dentaria con el Licor del Polo ahorran mucho tiempo y mucho dinero en operaciones bucales.

GRASA SUPERIOR para CARROS

MARCA

EL PROGRESO



Q MEL